

NECROLOGÍA

EN MEMORIA DE MARCEL BATAILLON (1895-1977)

La dificultad que hubo en estos últimos tiempos para que la Revista saliera puntualmente hizo que no se pudiese dar aquí antes la noticia de la muerte del profesor Marcel Bataillon. Nuestros lectores conocen hace tiempo esta noticia, pero esto no ha de ser impedimento para que en nuestras páginas figure la expresión del dolor que sentimos al conocerla, y esta nota necrológica representa así una renovación de este sentimiento, formulada un cierto tiempo después de su muerte. Y lo justifica también el que Marcel Bataillon sigue en la primera fila de los que han trabajado de una manera honesta y persistente en el conocimiento e inteligencia de varios asuntos españoles de importancia fundamental para la Literatura española.

Otros han recordado la obra de Marcel Bataillon como profesor de la Universidad francesa y al frente de instituciones de tanta raigambre cultural como el Colegio de Francia. En estas líneas pretendo ofrecer una imagen de don Marcelo —como le llamábamos sus amigos de España—, considerada desde nuestra perspectiva de españoles. Anuncio que las Universidades de Sevilla y Bordeaux III acaban de publicar un Homenaje a M. Bataillon con el título y los textos de *Seis lecciones sobre la España de los Siglos de Oro* (1981), dictadas en Sevilla. Colaboré en él con una de las lecciones y dije algo que aquí quiero repetir porque ilustra precisamente los comienzos de la afición de Bataillon por los asuntos de España. Sus amigos de Bur-

deos se lo recordaron años después rehaciendo una separata del tomo XIX del *Bulletin Hispanique* (1917) con el informe del joven Bataillon —tenía veintiún años entonces— relativo a su visita a España: el motivo era que la Escuela Francesa de Estudios Hispánicos lo había enviado a España para que visitase varias Bibliotecas y él daba cuenta puntual de lo que había hecho. Después de haberse referido a la de Salamanca, cuenta la visita a Sevilla, a las «dos grandes bibliotecas sevillanas», como él escribe: a la «Colombina» y a la entonces llamada «Provincial y Universitaria». En las líneas que él me escribió como dedicatoria en un ejemplar de esta separata, decía: «Algo le toca a Sevilla en la añoranza de estas mocedades —del tiempo en que no sabía aún si sería hispanista o latinista». El joven estudiante de latín, aún indeciso en su vocación, seguiría en el camino de las Humanidades, y, al mismo tiempo, sumando los dos factores de su afición, éstas tendrían un signo hispánico fundamental.

En varias ocasiones he recordado mis encuentros con don Marcelo en aquella inefable Biblioteca sevillana que conservaba aún las cédulas de los libros redactadas en el siglo XIX, con siglas misteriosas que había que interpretar cabalísticamente. La Biblioteca estaba situada en el antiguo edificio de la Universidad, allá en lo alto del caserón de la calle Laraña. Los libros estaban en los pisos últimos del viejo edificio, por encima de las aulas y de los vetustos laboratorios de Física y de Química. (Siempre me refiero al esfuerzo secular de los ángeles tutelares del lugar por conservar el riquísimo patrimonio de los libros). Pero había allí arriba, además de algún estudiante que conocía el rincón, un inacabable canto de gorriones que llenaba la sala de una estrepitosa algarabía pajarera que no distraía a don Marcelo. He mencionado otras veces que, sobre las once de la mañana, un aroma de café subía desde una calle cercana en donde había un tostadero, y por un momento daba un aire gloriosamente ultramarino al lugar. Éstas son noticias menudas pero que conviene que queden en alguna parte porque fueron parte de la vida de don Marcelo y de su amor por Sevilla, que tantas veces puso de manifiesto.

En mi conferencia de Sevilla, señalaba que en Bataillon el estudio de esta conjunción entre la latinidad europea del Renacimiento y la peculiaridad de España en esta misma época se verificó en torno de Erasmo. Esta obra fue una constante en su vida, pues nunca dejó de la mano su ampliación para que resultase más acabada. Recuerdo que en la última ocasión en que vi a don Marcelo, en la que creo que fue su última conferencia pública, en Madrid, me dijo, como si los años no pasaran, que seguía retocando la próxima salida de su *Erasmo y España*.

Su objetivo fundamental había sido ilustrar un episodio capital de la gran aventura del Humanismo español, el establecimiento de sus felices y rotundos comienzos y luego los críticos avatares de su suerte, tomando como eje la corriente de atracción y repulsión que engendró Erasmo, y su función en la cultura española de los Siglos de Oro. Y este núcleo fundamental de sus trabajos le condujo a estudiar otros numerosos aspectos de la cultura literaria española: la *Celestina*, *Lazarillo*, los pícaros, el doctor Laguna, Cristóbal de Villalón, etc.; y sobre todo el gran trasvase de la vida española a América.

Marcel Bataillon pasa a la historia de la cultura española como uno de los más activos hispanistas de Francia y de los que más hizo para que el Hispanismo, además de ser un campo de trabajo al que se llega siempre por la vía del amor intelectual, se convirtiese en un organismo de la Unesco: la Asociación Internacional de Hispanistas. Las asociaciones de esta clase, que han de reunir a miembros de procedencia muy diversa y, a veces, de encontrados criterios, resultan difíciles de agrupar y luego consolidar. Yo fui testigo del esfuerzo sostenido e inteligente que Bataillon desplegó para que esta Asociación pasase de ser un propósito laudable, nacido en conversaciones entre amigos, y reiterado y discutido en las tertulias, hasta constituir la realidad pujante que puso de manifiesto el VII Congreso realizado hace poco en Venecia. Iniciada la labor de la Asociación Internacional de Hispanistas en 1962 bajo la presidencia de honor de don Ramón Menéndez Pidal y la efectiva de don Dámaso Alonso, Bataillon fue el presidente del segundo Congreso, de 1965 a 1968. Bajo este signo el Hispanismo se institucionalizaba: desde sus raíces románticas, había representado una modalidad moderna del Humanismo trasladado al propósito de un mejor conocimiento de España. De ámbito primero europeo, se agregaron a esta labor los americanos de habla inglesa y francesa, y luego alcanzó un ámbito universal. Sus actividades se establecieron sobre la historia y la literatura españolas y sobre otras manifestaciones culturales; extendido a los dominios de la hispanidad, su campo de acción resultó así ampliado al gran espacio cultural por el que había echado raíces la lengua española.

Don Marcelo asimiló esta función del Hispanismo en el mundo moderno. Sus estudios de las Humanidades que están en la base de su formación se acomodaron a esta orientación hispanística en una concordancia ejemplar y fructífera, adecuada para los nuevos tiempos. A servir esta renovada concepción del Humanismo dedicó Bataillon sus actividades en su cátedra de la Sorbona y en el Colegio de Francia.

Por la vía del Humanismo así practicado, Bataillon favoreció los estudios de una nueva disciplina literaria: la Literatura comparada.

Esta modalidad de estudio representaba un punto de vista que ampliaba el campo de la investigación y de la crítica por encima de los planteamientos estrictamente nacionales; relacionaba entre sí las literaturas y establecía sus principios teóricos de una manera general. En cierto modo, la citada obra básica de Bataillon era un estudio de esta especie, y gran parte de su actividad se inscribía en esta orientación. Ya en sus últimos tiempos, el 3 de mayo de 1974, leyó la lección inaugural del I Coloquio de Literatura Comparada que se celebraba en España del que nació luego la joven Sociedad Española de Literatura General y Comparada (*1616. Anuario de la SELGC*, I, 1978, págs. 12-16).

A través de la realización de su obra, en los libros o en los numerosos artículos que escribió, la lección de don Marcelo era, como la de los buenos maestros, clara y decisiva: él mostraba que el camino era la labor de investigación erudita para descubrir y acopiar los datos de primera mano en donde quiera que estuviesen; también había que considerar las noticias ya conocidas por los estudios precedentes por si pudiesen dar más de sí; y lo sabido por el esfuerzo propio y lo encontrado en la erudición anterior reunirlo todo con perspicacia, en una perspectiva histórica que iba aclarando y profundizando la materia del conocimiento por sí misma; de esta manera, la intuición y la ciencia del crítico se complementaban eficazmente. Así cada pieza ocupaba su lugar en el conjunto y, partiendo de la interpretación del dato, procediese este de la obra literaria o de cualquier documento, iba estableciéndose una inteligencia de la época dentro de la cual se situaba sin violencia, a su aire, la vida y la obra de los escritores cumpliendo la función humana que había que mostrar siempre como un valor de primer orden.

En estas líneas sólo he querido recordar a don Marcelo por sus cualidades humanas y magistrales que a tantos beneficiaron. En este censo quiero situar a los españoles que aprovechamos la lección que esparcía en los libros y con su presencia. Por eso quiero evocar aquel su trato gentil —*¡qué amigo para sus amigos!*— siempre abierto, dispuesto a ofrecer la ayuda al que lo necesitaba con una palabra o a través de unas líneas, que siempre llegaban escritas de su puño y letra, con el rasgo firme de su singular personalidad. Lo recuerdo algunas veces con don Antonio Rodríguez Moñino y don José María de Cossío en las reuniones del café Lyon en donde participaba con su mucho saber en lugar en el que tanto se hablaba de literatura y en donde se sabía apreciar el rasgo agudo —*¡qué seso para discretos, qué gracia para donosos!*—. Don Marcelo fuese en la conservación amistosa, en la tertulia, en la conferencia o en el discurso académico, sabía encontrar la

expresión más acertada, y aun diré que de buena casta literaria, castiza, como si él fuese un español más, un escritor en la mejor línea del ensayismo contemporáneo de España. En español o en aquel su francés tan ceñido y tan cabal, exacto como un instrumento de precisión, nos ofreció una gran lección intelectual —*¡qué razón!*—, aplicada al estudio de las cosas de España. Por eso quiero mostrar aquí la gratitud que le debemos por el amor que supo mostrar a España dedicándole su vida sin tasa, siempre con talante liberal, con discreción atinada, llegando al límite justo en las circunstancias difíciles, dejando en sus libros una obra decisiva en cuanto al Humanismo español y el testimonio de su afecto, vibrante de humanidad, en los que le conocimos y tratamos. Por eso, cabe ahora decir, con palabras de Manrique:

*Y aunque la vida murió
nos dejó harto consuelo
su memoria.*

FRANCISCO LÓPEZ ESTRADA

Universidad Complutense de Madrid.